

P O L I T I C A

Hermandad Hispano-Portuguesa

Cual corresponde a su diáfano origen, la hermandad de los pueblos lusitano y español, es totalmente extraña al tópico. Lengua y raza, con sus tan marcadas afinidades, proclaman la comunidad de los pobladores de Iberia.

Aun sin remontarnos demasiado a través de la Historia en la búsqueda de argumentos, siempre apareció ostensible al convencimiento que hacía afirmar la existencia cierta de esta comunidad. Incluso en el campo nefasto de las doctrinas disolventes hubo espacio para ella. El anarquismo y el federalismo, entre otras, dirigieron su torpe mirada hacia la meta común que asignaran a las dos naciones peninsulares.

Y es que ni siquiera para masones, ni para los negadores de todo orden racional, pudo pasar inadvertida la idea de comunidad de los dos pueblos hermanos. A lo que jamás llegarían quienes engrosaban aquellas filas, es a proyectar reflejos de espiritualidad sobre esas mismas relaciones de España y Portugal. Sempiternos paladines del error, no iban a olvidarlo aquí tampoco. Y así, la franca locura que es la exaltación de una libertad absurda como concepto e imposible como realidad, asignó a españoles y lusitanos un porvenir sombrío. El de la vida anárquica, el individuo menos libre que nunca y el Estado atomizado. Lógica por demás sería la consecuencia, pues de ellos, de los antinacionales, provenía.

Dos reacciones profundamente nacionales, con Oliveira Salazar y Franco a la cabeza, frustraron el negro empeño. La constitución portuguesa de 1933 constituye algo más que la implantación total del Corporativismo. Es la antítesis de aquella otra de 1826 y sus posteriores reformas, de neta influencia británica, con el consabido liberalismo por norte. Ocioso sería hablar de los derroteros que Es-

paña emprendió por su parte con el Alzamiento del 18 de Julio.

Resuelto felizmente el problema de su organización estatal, los dos pueblos reintegraronse a la órbita de una tradición de gloria y de hermandad. Tradición también de sacrificios y de brillantes capítulos escritos en la Historia de la Civilización.

Entretanto, otras enseñas simbolizan el materialismo, que, por prodigado, también hacía tradición...

* * *

1940. España y Portugal, reintegradas a sí propias, viven más hermanadas que nunca. Acordes son sus posiciones por lo que respecta al concierto universal, e idéntica su lucha contra sistemas repudiados por enemigos de la humanidad. Frustrada quedó la innoble esperanza acariciada por espíritus inferiores, de que la fervorosa exaltación de su respectivo nacionalismo enfrentara, o al menos alejara, a los hermanos.

No obstante, la conciencia plena de esta hermandad, y por ende su realización, resultaría absurda, impracticable, sin las profundas convicciones que animan a las juventudes hispano-portuguesas. Convicciones que sirven a un régimen de justicia en el cual ríndese culto el espíritu a los valores morales, a la religión y a la Patria. Cruzada contra el materialismo de la vida y contra la interpretación materialista de la historia. Nacionalidades añejas de juveniles generaciones. Y dentro de ellas, el positivo funcionamiento de cuantas instituciones aciertan a representarlas.

El S. E. U. las Mocidades.

No se presentan lejanas en el tiem-

po, y para el recuerdo jamás lo serán las visitas que en este año hicieron ambas representaciones. Visitas de auténtica hermandad y de trascendencia, con la que nada tienen que ver el formalismo y la frivolidad. En las competiciones deportivas como en la recepción, en las palabras y en los corazones, reavivóse el vínculo consanguíneo sobre cuya existencia a nadie se le ocurriría dudar.

Firmeza y continuidad para tales relaciones. El propósito que así lo quiere es perfectamente comprendido por la Jefatura Nacional del S. E. U.; entre otros proyectos, alberga el de invitar a nuestros camaradas portugueses al próximo Consejo Nacional del Sindicato donde convivirán con nosotros y con los representantes hispanoamericanos.

¡Significación profunda la que entrañará semejante convivencia! Preteritas grandezas, capítulos inolvidables de la Historia, recobran actualidad que es fe de vida, sino del resurgir de un pueblo y mentis. Mentis rotundo para las lenguas y plumas que fueron o son miserables forjadoras de leyendas negras y campañas de desprestigio.

Ante la ruta señera porque caminamos, el parangón que ella ofrece con la de Estados metalizados, y alguno de ellos en el trance ya del desenlace que sufrió el rey célebre, es singularmente aleccionador.

La resurrección feliz de España y Portugal, que siempre fueran reserva cierta de espiritualidad, abre amplios cauces de esperanza a la regeneración y nuevo orden del Mundo. Ese nuevo orden en el que la hermandad hispanolusitana jugará su papel de pieza fundamental e imprescindible.

JORGE VILA FRADERA

Delegado de P. P. y P. del S. E. U.
del D. U. de Cataluña y Baleares

Sin dominio en el Estrecho ni parte en la soberanía del Mediterráneo, sin integridad peninsular e imperio espiritual con la raza extendida en América, la Historia de España resulta negada y su porvenir reducido al de una nación que termina y al de una colonia que empieza.

Y si dominamos el Estrecho y hacemos la Federación con Portugal, entonces, ¿cómo podríamos presentarnos ante América? Podríamos presentarnos, no con la bandera humillada y mutilada; no como reducida una parte — y aún esa mediatizada — del solar hispano, sino grandes como lo fuimos en los antiguos días.

VÁZQUEZ DE MELLA